

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ENTRE COCHEROS



Pilla

—Yo, hablandu con verdaz, voy escamadu cuando llevu parejitas al baile.

—¡Tontería! Más me escama á mí otra cosa.

—¿Cuál?

—Traerlas del baile.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Quédate en Mascaraque, por Juan Pérez Zúñiga.—Un desgraciado, por Fiacro Yrázoz.—El horno ajeno, por Jacinto Octavio Picón.—Dos siglos ha, por Angel Rodríguez Chaves.—¡Oh, la moral!..., por Manuel Matoses.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Entre cocheros.—Actualidades, por Cilla.—Anuncios, por Cilla.



¡Vaya! Ya estamos intranquilos otra vez.

Ahora la intranquilidad nos viene de Marsella, donde se repiten los casos de cólera, y hay una porción de gente entre nosotros que no da dos cuartos por su vida.

Un periódico muy leído recomienda á sus abonados que empleen el mayor número de precauciones, y dicho se está que á los tímidos no les llega la camisa al cuerpo.

—Cuando lo dice la prensa, por algo será—murmuran tristemente.

Y no falta quien afirma:

—La cosa es más seria de lo que se dice, sólo que los periódicos, por no alarmarnos, ocultan la verdad. En la calle de la Pingarrona ha habido un caso fulminante.

—¡Demonio!

—Lo que usted oye. Parece ser que el muerto era muy aficionado á la patata; llegó á su domicilio, se desnudó y se puso á cortarse un callo; después comió sopa de fideos y media rosca. Cuando le presentaron el cocido tuvo un presentimiento y se negó á comer patata, pero su mujer le dijo: «No seas tonto; cómelas.» Él entonces comió una, y después otra, y luego otra, hasta once. Cuando iba á comerse la docena... cayó redondo.

—¡Qué atrocidad!

Y desde aquel momento los dos tímidos proscriben las patatas del hogar doméstico y se entregan al láudano con furor.

—Nada, nada; láudano en las comidas, láudano en las bebidas, láudano en el agua de afeitarse, láudano en todo—dicen ellos.

De lo cual resulta que pescan una irritación formidable, y cuando sacan la lengua parece que enseñan un pimiento morrón.

Buenas son las precauciones, pero no hasta el punto de sacrificar la familia, como hace la señora de Belinchón, que friega á los niños con arena blanca y azufre en polvo, todo mezclado, y les hace comer piedra alumbre con una cuchara. Las pobres criaturas ponen el grito en el cielo, pero su mamá les dice:

—¿Qué queréis? ¿Que os dé el cólera? Pues no, señor; no os dará. Acordaos de vuestro padre, que gracias á las precauciones se salvó de la peste cuando estuvo en Filipinas.

—Sí, pero se murió—replica uno de los niños.

—Porque el pobrecito tomó demasiado láudano, pero mira cómo no murió del cólera.

Pronto empezará el celo gubernativo y las reuniones de la Junta de Sanidad y los viajes de los médicos especialistas y el cloruro de cal en los retretes. Nuestros vecinos los lusos establecerán la más rigurosa vigilancia en la frontera, y á cada español que penetre en el reino portugués le registrarán los bolsillos, le olerán la ropa y le rociarán el rostro con ácido fénico y bicarbonato de sosa.

Y después de todo, ¿qué? ¿Qué más nos da morirnos del cólera que del dengue, ó las viruelas, ó el garrotillo, ó la pulmonía triple?

Aquí nos alarmamos cuando se habla del morbo, y no tenemos inconveniente en beber vino hecho en casa por los más acreditados alquimistas y en comer pan amasado con yeso y en tomar café fabricado con achicorias y betún mate.

Nuestra existencia está en peligro todo el año, y si no que cuente la viuda de Chapilín lo que le pasó á su difunto esposo. Fué á comer á una fonda barata, probó una albondiguilla y á la media hora era cadáver putrefacto.

Cólera por cólera, casi preferimos el morbo asiático, porque al fin siempre es una enfermedad extranjera, y ya se sabe que lo que aquí priva es el extranjerismo.

* *

Y no aludo á las damas piadosas que van á ver á la Judic después de rezar el trisagio, ni á los *damos* que montan á la inglesa y comen á la rusa y visten á la austriaca y barbarizan á la *hotentonta*.

Cada uno es muy dueño de extranjerizarse como guste. Tengo yo un amigo que ama todo lo inglés, y sin embargo, es un joven excelente, aunque bruto. Á él le gusta la carne muy asadita, pero la come chorreando sangre; aborrece la cerveza, pero la bebe á todo pasto, y en su afán de parecerse á los hijos de Albión la nebulosa, pone las ropas al humo en la chimenea para oler á carbón de cok y se unta los bigotes con manteca de vacas para que crea la gente que se pasa el día tomando te.

Él no conoce más idioma que el que se habla en la provincia de Albacete, pero procura intercalar en la conversación algún vocablo inglés y llama *lunch* á las fementidas sopas de ajo que le sirven para el desayuno. Unas veces se las hacen con ajo y otras con leche de ovejas, y la criada le pregunta la noche antes:

—Señorito, ¿cómo quiere usted el *lunch* de mañana?

Y él responde casi siempre:

—De ajo y con mucho pimentón.

* *

Hace mucho tiempo que no hablo á ustedes de libros. Pues bien, Eugenio Sellés ha publicado uno titulado *Narraciones*, y es una verdadera preciosidad literaria y tipográfica. Tanto me ha gustado el nuevo libro del eminente escritor, que creo firmemente que no entrará en la Academia.

Pascual Millán dió también á la estampa una novela interesantísima con el título de *Fuerza mayor*, y dicho se está que merece leerse, porque reúne cuantas condiciones puede apetecer el más descontentadizo: interés, forma intachable y un finísimo espíritu de observación.

Madrid taurino se titula un elegante tomo en que Enrique Sepúlveda (*Alegrías*) y Alfonso de Sola (*Jeremías*) han reunido sus amenas revistas de toros correspondientes al año 1892. Leyendo estas ingeniosas descripciones de nuestra fiesta nacional, se siente uno dispuesto á todo... menos á abonarse, que al fin y al cabo es lo que no interesa poco ni mucho á los dos distinguidos revisteros.

Los que les interesa de verdad es que ustedes compren el libro.

* *

Hay días en que no tiene uno más que motivos de elogio, y hoy es uno de ellos.

En el Conservatorio se celebró el martes último un concierto vocal é instrumental á beneficio de las escuelas católicas de San Lorenzo. Entre las distinguidas artistas que tomaron parte en esta obra de la caridad, sobresalió la señorita doña Magdalena Castellanos, que canta como un ángel y fué objeto de una ovación.

¡Cuántas de esas triples acabadas en *ini* que nos destrozan el tímpano en el Real se darían con un canto en el pecho por parecerse á nuestra compatriota!

Dígalo si no la signorina Congrini, que cobra como una princesa y canta como una merluza.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

QUÉDATE EN MASCARAQUE

Querido primo: No vengas con el afán de ver máscaras á pasar los carnavales á la capital de España. ¿Qué hay aquí? Grupos de ciegos, tullidos ó sin *peana* que tocan en calzoncillos por la calle la guitarra; estudiantinas anémicas (salvo excepciones contadas) cuyos socios barbilindos ruborizan con su cháchara; al cual *oso* callejero,

el del *higui* con su caña, varios gitanos feroces que tiznan por donde pasan y alguno que, escoba al hombro, luce por calles y plazas la camisa de la esposa con eromos hacia la espalda. Sé de un tal Gil, que es hortera de un almacén de quincalla, que aún tiene fe en los placeres de estos días de bullanga. Se planta un traje de diablo mitad verde y mitad grana,

con un rabo que es la envidia de todas sus parroquianas. Por llevar Gil, hasta lleva las manos enmascaradas, merced á los sabañones que al por mayor las esmaltan, y asiste todos los años á los bailes que en la Alhambra da con éxito brillante *La Camelia Estupefacta*. Cuatro chulos disfrazados de personas, y una sarta de putrefactos gomosos que á sus familias engañan, son los que van á los bailes á retozar con las máscaras, y en medio de ellos el diablo del almacén de quincalla, dispuesto á empaparse en mosto casi todas las entrañas, pasa entre amigas la noche sin hacer gasto ni gracia. Por eso, sin duda, dicen las bulliciosas muchachas que es una verdad muy grande

lo de que «el diablo las carga.» Después... escándalos, golpes y fin de fiesta en la casa de socorro; un doctor que echa medias suelas á la hinchada nariz del diablo; otro médico que asiste á una pobre máscara en cierto horrible percance prematuro... y santas pascuas. No te creas que exagero, querido primo del alma. Esto ocurre. Si es mentira, que caiga un rayo y te parta. Conque... pasa en Mascaraque el Carnaval á tus anchas, que aquí las máscaras, primo, suelen resultar *más caras*. Da un par de vueltas al pueblo con una colcha encarnada y espétale al boticario lo que hace la boticaria, y si la colcha te abrumba, sin disfrazarte ni nada, diviértete como puedas con el cura... ó con el ama.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

UN DESGRACIADO

¡No sé en qué consiste ni sé á qué es debido que todo lo que hago me sale torcido!

¿Tendré mala sombra, que desde mi cuna las cosas me salen con poca fortuna?

Me llamo Juanito Revés y Velarde. Nací un *Viernes Santo* ya entrada la tarde, y es tal mi desgracia que á mí me parece que ese año fué *martes* y estaban á *trece*.

Según me ha contado mi prima Vicenta, parióme mi madre faltando á su *cuenta*, y aun de ese que ha sido mi albergue primero, ¡también, por desgracia, me echaba *el casero!*

Nací, como digo, de mala manera; ni tuve nodriza, ni tuve niñera.

Jamás me vistieron mi cuerpo desnudo y, en vez de papilla, me dieron engrudo.

De chico, el maestro pegóme en la escuela pellizcos, azotes... y luego viruela;

así es que mi cara, con tanto agujero, la toma cualquiera por un palillero.

Si voy por la calle ya entrada la noche, me coge un tranvía,

me pilla algún coche.

Jamás me saludan mis muchos amigos, y en cambio me piden doscientos mendigos.

Si voy muy de prisa, como es mi costumbre, me paran cien veces pidiéndome lumbre.

Me toman por otro, me dan pescozones, y, es claro, con estas equivocaciones,

mi pobre pescuezo, que es fuerte y rollizo, me lo han puesto á golpes como un panadizo.

¿No saco paraguas, que hay sol esplendente? ¡Pues, nada, de fijo que cae un torrente!

¿Que no hay más que un charco? Pues ando de modo que ¡zas! enseguida me meto en el lodo.

.....

Hará cuatro meses el diez de Febrero que estuve en la cama si muero ó no muero,

y al ver lo contraria que siempre es mi suerte, me dije una noche pensando en la muerte:

«¡Me mato! ¡me mato! ¡Ya estoy aburrido de ver que aquí todo me sale torcido!»

Busqué una receta, sorbíme un veneno, y... nada, que entonces me puse muy bueno.

FIACRO YRÁYZOZ.

EL HORNO AJENO

I

Gabinete circular amueblado con exquisito gusto y riqueza, donde por milagro se dan la mano el arte y la fortuna. Alfombra blanca, muebles de ébano con incrustaciones de bronce verdoso. Media docena de cuadros notabilísimos. Muchos jarrones y búcaros con flores. Gran lámpara de aceite de oliva con pantalla de encaje. *Enriqueta*, que es graciosa, esbelta y lista, acaba de llegar del teatro. Traje elegantísimo de seda rosa, muy ceñido y adornado con tiras estrechas de piel negra. Al cuello, y ocultando el escote, un magnífico *boa* de la misma piel. Ha tirado sobre un veladorcito el abanico, los guantes y los gemelos, y está leyendo una crónica de salones.

.....
¡Qué modo de mentir! La de Casa-Líos un astro... las niñas estrellas... como si la mayor no tuviera calor de hígado en la cara, la de

Tallefranco otro sol... ¡todo un sistema planetario!... y de mí ni una palabra. Mientras le guste á mi Pepe no me importa.

.....
Se oye crujir de calzado por las habitaciones inmediatas, y un instante después entra *López Vives de Merodeo*.

Tiene treinta años, y es elegante, más de ropas que de modales. Mediana inteligencia; mucha audacia y poca vergüenza. Buen mozo, aspecto de protagonista de novela por entregas; moreno pálido, bigote retorcido á fuego lento; de frac.

Enriqueta.—¿Dónde ha estado usted esta noche? ¡Cómo le rechinan á usted las botas! Dicen que es cosa propia de vanidosos.

López-Merodeo.—No la he saludado á usted ¿y ya comienzan los insultos?

Enriqueta.—Insultos, no.

López-Merodeo.—Ó cosas desagradables... aunque dichas por usted dejan de serlo. *Ese* no ha venido, ¿verdad? Estará... Dios sabe dónde.

Enriqueta.—Usted sí que dice cosas desagradables. En primer lugar, no me gusta que nadie llame *ese* á mi marido, y lo demás... ganas de hacer daño, por amor al mal, sin que vaya usted á sacar nada.

López-Merodeo.—Hasta que decida usted vengarse.

Enriqueta.—¿Con ayuda de vecino?

López-Merodeo.—Si usted quiere, me mudaré cerca de aquí.

Enriqueta.—Y seguirá usted llamándose amigo suyo, y comiendo con nosotros, y fumándole los *imperiales*...

López-Merodeo.—Fumándome todo lo que pueda.

Enriqueta.—Hasta que yo le suplique á usted...

López-Merodeo.—¿Que no vuelva? No, no podrá usted. Tendría usted que explicar á Pepe la causa de mi alejamiento.

Enriqueta.—Lo cual quiere decir que tengo que soportarle á usted oyendo á diario la misma romanza.

López-Merodeo.—Ya la convertiremos en dúo.

Enriqueta.—Espere usted sentado.

López-Merodeo.—Ó hasta que sepa usted lo que derrocha con otra mujer.

Enriqueta.—Ya volverá al redil.

López-Merodeo.—Sí; como vuelven los borregos descarriados. Flaco, escuchimizado... y sin lana. Si sigue así, antes de un año tienen ustedes que mudarse... á un asilo.

Enriqueta.—(Para sus adentros.) Averigüemos. (Á él.) Vaya... no puedo más. ¿Quién es ella?

López-Merodeo.—¿Qué voy ganando?

Enriqueta.—Si me da usted pruebas... todo lo que usted quiera.

López-Merodeo.—¿Palabra de honor?

Enriqueta.—Hombre, palabra de honor, ¿cuando me pide usted que me quede sin él?

López-Merodeo.—El honor es la opinión ajena, y esto nadie ha de saberlo. En fin, se trata de una amiga de usted. Averigüe usted como pueda quién paga todo lo que gasta Rosita, y luego yo le traeré á usted una carta de él á ella ó de ella á él, carta que le entregará á usted... en mi casa. Vivo en una calle tan apartada que nadie puede verla á usted entrar.

Enriqueta.—¡Qué negrura de alma y qué poca vergüenza tiene usted!

López-Merodeo.—Nada de eso. Hago una proposición. Probar la traición y pedir la recompensa. ¿Firmamos? (Queriendo besarle una mano.)

Enriqueta.—(Finge que se le saltan las lágrimas de ira, pero retira la mano diciendo.) Nada de anticipos: ni un perro chico. Pero si usted no miente, me vengaré.

López-Merodeo.—Quiérame usted y yo la convenceré de que soy un caballero... que hace todo esto porque le tiene usted loco. ¿Trato hecho?

Enriqueta.—No; hasta que yo averigüe...

Rumor cercano de faldas y risas.

Entran dos ó tres amigas elegantísimas y queda interrumpido el diálogo.

II

Pasados cuatro días. Es de noche. Alcoba lujosísima. Muebles Luis XV de madera blanca con toques de oro. En el suelo pieles negras. Las paredes tapizadas de seda blanco marfil con guirnaldas de rosas menudas. Una urna de cristal con una gran Virgen de Lourdes. Á la cabecera de la cama una lámpara eléctrica cuya bomba está resguardada por un tafetán color de rosa.

Enriqueta, con bata de crespón blanco guarnecida de encajes malva; mangas abiertas, que muestran los brazos hermosísimos; el pelo recogido para dormir. Tiene una palmatoria en la mano. Su rostro revela indignación y firmeza de ánimo.

Pepe, que acaba de llegar, de frac. Arrogante figura y muy listo.

Enriqueta.—Lo dicho. Ahora te vas á dormir á otro cuarto y mañana trataremos de la separación... sin escándalo.

Pepe.—¡Señora!

Enriqueta.—Por eso; porque lo soy no lo tolero: ni como señora transijo con la humillación, ni como mujer con el desengaño... que es lo que más me duele. (Llorando.)

Pepe.—¡Mira tú que tener celos de una mujer como Rosita! Si fuese de otras...

Enriqueta.—¡Qué cochinos sois los hombres! Te ha parecido buena para irte con ella, y ahora haces como que la desprecias.

Pepe.—No la desprecio, pero quiero convencerte de que una mujer como ella no puede ser un peligro para una mujer como tú.

Enriqueta.—Quieres arreglarlo y vas á decir una tontería. Ella

ACTUALIDADES



—Este año tiene que caer la ventura, porque lo que es como no caiga ese año...

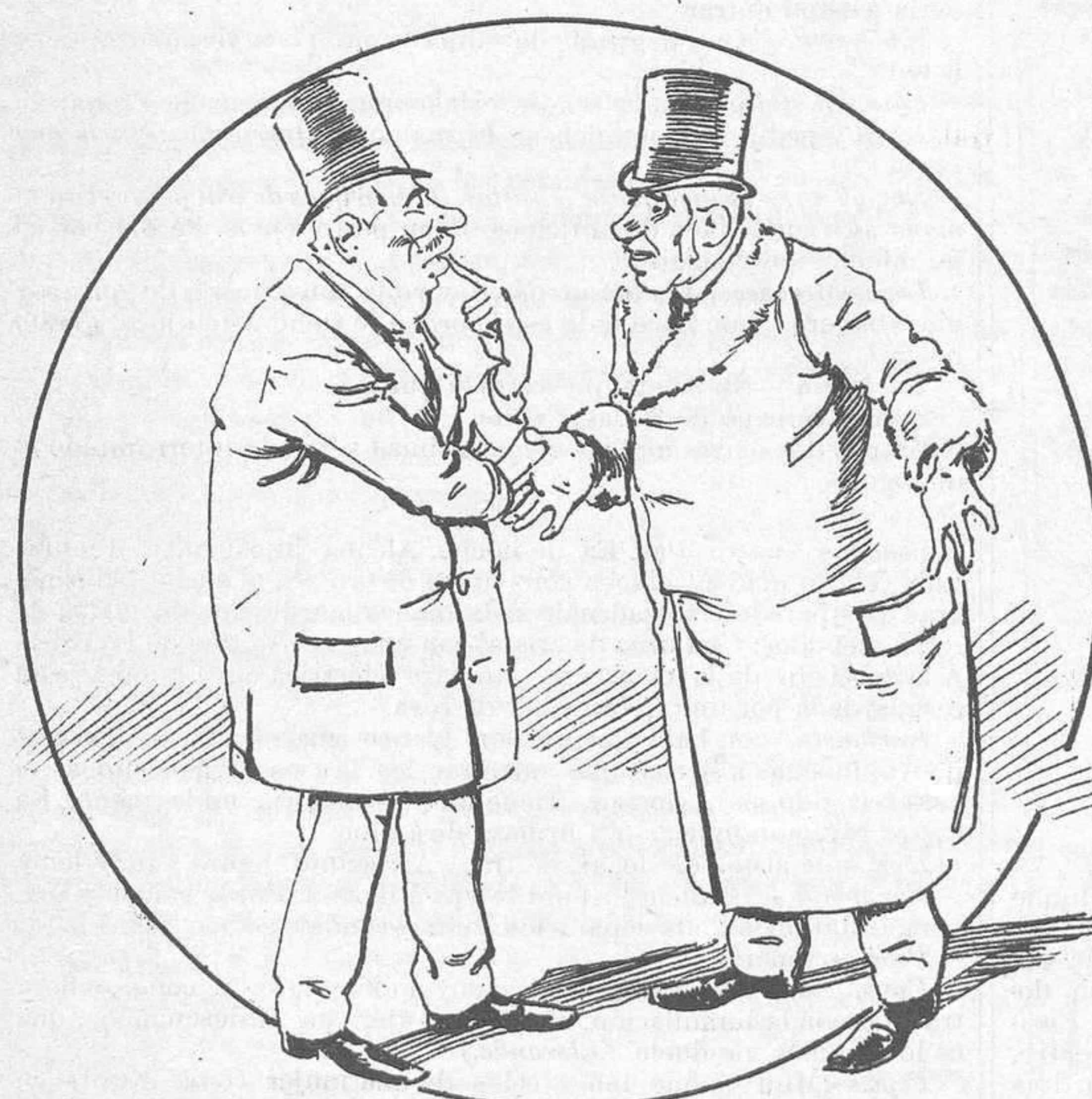
—Tú, como todos los años, vestido de diantre, ¿eh?
—Y usted, señor Mariano, ¡siempre con trajes de fantasía!



Me divierto de firme, lo cual que no me choca, porque, según me han dicho, la juventud es loca.



Es inútil hacer cucamonas y hacer monadas. ¡Ya no vienen al baile personas acaudaladas!



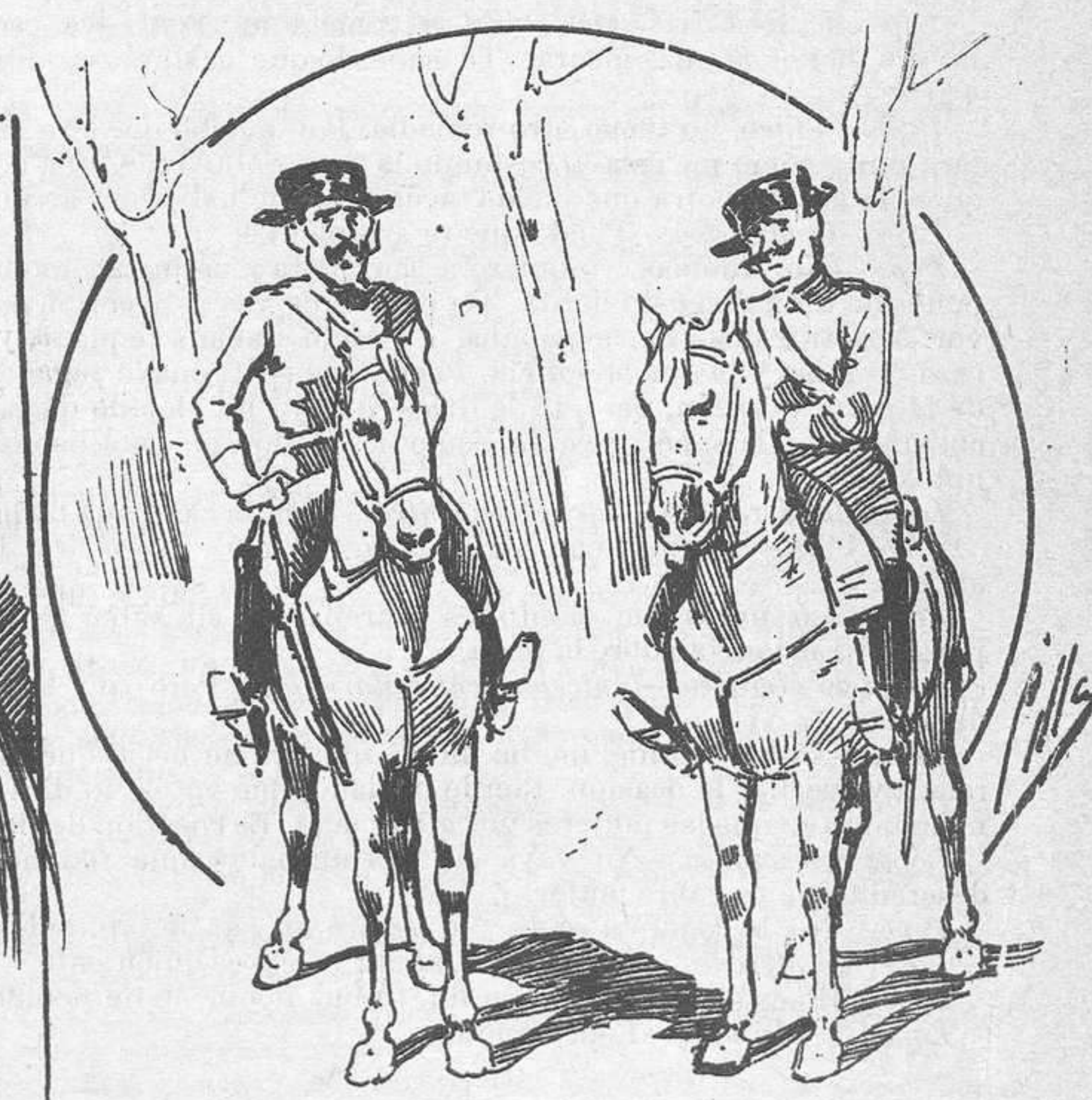
—¿Quieres que te dé una señal para que me conozcas?
—¡Pues hemos ido a la escuela juntos!
—No puede ser.
—¿Que no?
—¡Porque yo no he ido nunca a la escuela!



—Déme usted dos reales de jalapa.
—¿Le corre a usted prisa?
—Sí, señor; es para ponerla en estos higos...



—¿Fue usted al baile del Real?
—No pude. Ha entrado el dengue en casa y... ¡figúrese usted! la criada en una cama, yo en otra...
—¿En otra?



La pareja que más se va a divertir... a la fuerza, miñansa: si Dios quiere.

será lo anormal, lo pasajero, lo novelesco... y yo lo constante, el amor tranquilo... que es lo que más ofende á una mujer. Ella es el drama, la pasión, y yo los entreactos.

Pepe.—Vamos á ver. ¿Qué quieres que haga para persuadirte?

Enriqueta.—¿Luego confiesas?

Pepe.—Confieso que he cometido la tontería de ir dos ó tres veces á casa de esa mujer por miedo al ridículo, porque ella ha hecho los imposibles para atraerme, y lo sabían los amigos y parecía que yo estaba representando papel de casto José; pero no ha sucedido más. Vaya, esto se acabó. Te prometo que de hoy en adelante ni el saludo. Ven, te ponga bien esa horquilla, que se te va á caer todo el pelo.

Enriqueta.—¡No me toque usted!

Pepe.—(Cogiendo la palmatoria de manos de su mujer y dejándola sobre la mesa de noche.) Bueno, aquí te quedas... solita. Yo me iré á dormir al despacho ó al cuarto del baño... y conste que, á pesar de tus celos ridículos, ésta será la primera noche que no pase aquí. (Con intención.)

Enriqueta.—Porque habrás ido á verla de día. ¿Cuántas veces has ido?

Pepe.—Dos, y tenía visita.

Enriqueta.—¿Lo juras?

Pepe.—Mira, con jurar no se adelanta nada. Lo que hago es proponerte el trato siguiente para que veas lo que me importa esa mujer. ¿Quieres que nos vayamos á pasar á Sevilla ó á París todo lo que queda de invierno?

Enriqueta.—Á cualquier parte, pero mejor á París.

Pepe.—Corriente; pues dentro de cuatro días.

Enriqueta.—En los cuales no pondrás los pies en la calle sino conmigo.

Pepe.—Trato hecho.

Enriqueta.—(Muy cariñosa.) ¿De veras no la quieres?

Pepe.—(Aludiendo á la habitación en que están.) En el templo del verdadero Dios no se habla de ídolos falsos.

Enriqueta.—Anda, tuno, ¿sabes más!...

Pepe.—(Apagando la palmatoria y dejando el cuarto iluminado únicamente por la lámpara eléctrica, cuya bomba está cubierta por un tafetán color de rosa.) Pues á dormir. No llares: yo te serviré de doncella.

La alcoba queda vagamente iluminada por una semiclaridad dulce y misteriosa.

La gallarda figura de la mujer parece deslizarse como una visión encantadora sobre las pieles del piso. De pronto corre una cortinilla que oculta á Nuestra Señora de Lourdes, y arroja la bata sobre un sofá.

Enriqueta.—(Con reservas mentales.) Pues á dormir.

III

Pasados tres días. Comedor en la misma casa. Muebles y marcos de roble. Paisajes de Gomar. Mucha plata en los aparadores. De sobremesa. Enriqueta ha ido á vestirse para que su marido la lleve al Real.

López de Merodeo.—¡Qué bien se come aquí! Pero, oye, eso que habéis dicho es una locura. ¿Tú sabes lo que gastará tu mujer en París?

Pepe.—Chico, no tengo otro remedio. Por mucho que tire no gastará tanto como me estaba costando la otra. Sobre todo, una cosa es que ella gaste, y otra que pueda acusarme de habernos arruinado.

López de Merodeo.—Puede que te arrepientas.

Pepe.—No. Además, yo quiero á Enriqueta y no me acomoda exponerme á un disgusto gordo. De modo que vas á hacerme ese favor. Nosotros nos vamos mañana, y pasado mañana te plantas tú en casa de Rosa y le das la noticia. Puede que se desmaye y grite, y te dé la gran desazón, pero tú le dices que yo he dejado pagada la cuenta que ella sabe, y verás cómo no le dura el patatús dos minutos.

López de Merodeo.—(Para sus adentros.) ¡Bonita campaña he hecho! (A Pepe.) La cosa no tiene nada de agradable... pero iré. Entre amigos...

Pepe.—Lo único que siento es marcharme sin saber quién ha puesto á Enriqueta sobre la pista.

López de Merodeo.—(Interiormente alarmado.) Pero ¿no te lo ha dicho?

Pepe.—No ha querido; me ha dicho que era un necio que procuraba aprovechar la ocasión. Pierde cuidado, que ya me lo dirá. Hay momentos en que las mujeres no callan nada. Es cuestión de tiempo.

López de Merodeo.—No vayas á tener un lance que redunde en descrédito de tu pobre mujer.

Pepe.—No: le cogeré á solas y le pegaré un par de puntapiés.

López de Merodeo.—¿Pero hasta ahora no sabes quién es?

Pepe.—¡Pues si lo supiera! En fin, tú haz lo que te he pedido.

López de Merodeo.—Está tranquilo.

IV

Aquella misma noche en el Real. Pepe se ha quedado en el vestíbulo con un amigo. López de Merodeo da el brazo á Enriqueta para subir á los palcos entresuelos. Ella, más hermosa que nunca, lleva traje color de heliotropo, claro, con adornos amarillo brillante. Él está pálido de coraje.

Enriqueta.—(Burlonamente.) Parece que tiritas usted: le tiembla á usted el brazo.

López de Merodeo.—Mujeres falsas y engañosas he visto, pero como usted ninguna. ¡Luis onceno con faldas!

Enriqueta.—Déjese usted de tonterías. He oído detrás de la cortina el encargo que le han hecho á usted de sobremesa. No deje usted de hacerlo. Luego le pide usted á Pepe un poco de dinero prestado, poquito, ¿eh? y como no se lo devolverá usted, se hace usted el avergonzado y no vuelve á parecer por casa.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

DOS SIGLOS HA

En el puño de la espada
puesta la siniestra mano,
y haciendo con la derecha
punta al bigote de ganchos;
derribado hasta los ojos
un fieltro muy emplumado,
y del jubón las lacerias
entre la capa ocultando,

los rayos del sol naciente
tomaba, por tomar algo,
cierta mañana en las Gradas
el alferez Campuzano.

Y, como es cosa sabida
que, á falta de otro letuario,
es el pensar desayuno,
ya que no bueno, barato,
con cierta amarga sonrisa,
aunque sin mover los labios,
en estas sentidas quejas
le daba al pecho descanso:

«Soberbia encuentro la corte
del rey don Felipe el cuarto,
á quien dé Dios larga vida
para bien de sus vasallos.

En cada calle un convento,
en cada plaza un palacio,
en cada puerta un mendigo
y en cada esquina un retablo.

Arde el Retiro en tramoyas,
en cacerías el Pardo,
cada tres días hay toros
y cada semana un auto.

Anda el oro por las nubes,
el pan se da caro y malo
y á falta de otra moneda
se resellan los ochavos.

En cambio, tal es el lujo
de Olivares, Liche y Haro,
que dicen que hasta la reina
envidia siente al mirarlos.

Al rey le faltan dineros
para pagar sus criados
y, por carecer de velas,
tiene que apurar los cabos.

Mas tiene hacienda de sobra
para mantener bastardos
que le nacen por docenas,
igual que si fueran gatos.

Por adulación, los nobles
han dado ya en imitarlo,
y hay quien reconoce hijos
sin haber jamás pecado.

A pregón como la aloja
salen los más altos cargos,
y hay quien garnachas y mitras
vende baratas y á plazos.

Ya no hay hacienda segura,
ni bolsillo bien guardado,

ni virtud que no se quiebre,
ni honor que no ande en pedazos.

Rufianes y capeadores,
jaques, hampones y bravos
de tal manera en la villa
cobran su almojarifazgo,
que cruzar aquí una calle
cuando el sol toca á su ocaso
requiere más bizarría
que entrarse por Roma á saco.

Verdad es que si la corte
es de ladrones sagrado,
las justicias no por eso
se dan vagar ni descanso;
que apenas se pasa un día
sin portugués azotado
por el nefando delito
de hacerle al tocino ascos.

¡Lástima, por vida mía,
que, mientras aquí gozamos
las dichas que nos deparan
el monarca y sus privados,
sin guarnición las fronteras,
á punto estén de dar paso
al francés por Cataluña,
por Zamora al lusitano!

¡Lástima que aquellos tercios
que fueron del mundo espanto,
si no domados sus bríos,
hasta de sustento faltos,
por no tener ya quien sepa
á la victoria guiarlos,
ya que á enlodarlos no lleguen,
dejen marchitar sus lauros!

Por suerte, como aquí pasan
por triunfos los descalabros
y se tienen por sucesos
los que sólo son fracasos,
nunca faltará quien diga,
algunos siglos pasados:
¡Qué grandes eran los tiempos
del rey don Felipe cuarto!»

Dijo Campuzano, rumbo
hacia el alcázar tomando,
con un bostezo en la boca
y un memorial en la mano.

Y cuentan que si al monarca
no llegó el viejo soldado,
que más de una vez su sangre
vertió de Ostende en los campos,
fue porque con su carroza
le puso negro de fango
cierto apuesto barbilindo
muy galán y muy bizarro,
que antes de los veinte abríles
llegó á maestre de campo
sin desenvainar la espada
ni oír un arcabuzazo.

ÁNGEL R. CHAVES.

¡OH! ¡LA MORAL!...

¿Conque otra vez ha vuelto á Madrid á dar funciones y á cantar coplitas Mme. Judic?

¡Jesús, qué atrevimiento!

Porque eso es meterse en la boca del lobo.

La actriz francesa ignora sin duda que aquí ha surgido ahora, sin saber de dónde, una liga contra la inmoralidad, que está acechando, y en cuanto la cantante abra el pico, la cazarán con liga y la llevarán á los tribunales.

Sí señor, á los tribunales. ¡Aquí no se juega!

Es decir, no se juega con la moral.

Quiero decir con la moral extranjera, porque con la nacional vamos tirando como podemos.

Resulta que no ha sido para nosotros, para los madrileños, del todo infructuoso el viaje de la Judic, puesto que verla á ella y des-pertársenos el apetito de moralidad, todo ha sido uno.

Verdad es que, como guapa, es guapa la tal madama, y además coquetuela y graciosa, y canta con afinación y con picardía.

Aquí no tenemos actriz tan completa.

Guapas las hay: Joaquina Pino... Concha Martínez... pero ¿cantar? ¿declamar?... No; nada de eso.

De coros no hablemos. Hay en Eslava un coro de señoras, con unos hilos, y unos bramantes, y unos coloretos... que no hay mejor anafrodisiaco en el mundo.

No sé de dónde las han sacado, pero sé que no es el coro de señoras que el demonio llevó al beato San Antón para ver si le metía á empresario de teatros.

En fin, que aquí vivíamos en santa castidad.

Porque ¿qué inmoralidades nos rodeaban?

Un par de periódicos en Barcelona de los que ni el nombre es decoroso citar.

Un ciento de libros alegres, atribuidos á Quevedo ó á Espronceda, y con grabados intercalados en el texto.

Otro ciento de ruletas ó tapetes verdes donde los niños iban á jugarse el dinero robado á los papás.

Unos cuantos bailes como el del Liceo Rius, azotado magistralmente por Peña y Goñi.

Unos millares de *hurries* por esas calles de Dios, invitando al pecado.

¡Y pare usted de contar!

De cuando en cuando contaba la prensa las señoras casadas y las señoritas solteras que habían huído con sus amantes y el dinero hallado á mano.

Cada invierno se estrenaban una docena de revistas de oportunidad, con bailes más ó menos aproximados á la *danse neutre*.

En fin, nada, fruslerías, inocentadas de un país enemigo de las capillas protestantes.

Pero vino la Judic, y entonces... entonces se sublevó nuestro pudor y ha surgido esa *Asociación central de padres de familia contra la inmoralidad*, que es la que se propone citar á juicio á Mme. Judic, ó pedir su expulsión del territorio.

Pero ¿dónde diantres andaba metida esa asociación que hasta ahora no ha dado señales de vida?

¡Porque mire usted que la hemos echado de menos!

¡A no ser que haya venido funcionando clandestinamente por miedo á la persecución de los gobiernos!

Este es un país muy raro, y no sería extraño que hubieran echado á las Marianas al que hablara de moralidad, como Narváez echaba al que hablaba de libertad ó de democracia.

Por supuesto que esa sociedad de hombres moralizadores será nueva en Madrid, pero no en otras partes.

En Barcelona, por ejemplo, funcionaba con éxito el verano anterior, protegida, y mucho, por las autoridades conservadoras.

Los conservadores son los grandes padrinos de todas las hipocresías; así es que al propio tiempo que toleraban en Barcelona el juego, y la publicación de ciertos periódicos sucios, y la gestión de ciertos concejales que luego han tenido que habérselas con los tribunales, se recorrían las estamperías y la junta de hombres morales hacía desaparecer de los escaparates toda clase de grabados que no fueran religiosos.

Aun á riesgo de que ustedes me crean exagerado, contaré lo que me sucedió en mi excursión veraniega.

Viajaba yo por la línea del litoral en dirección á Francia, y al llegar á Gerona me apeé del tren para surtirme de periódicos.

—Deme usted—dije al que los vendía—*El Imparcial*, *El Globo*, el MADRID CÓMICO...

—No, no: el MADRID CÓMICO, no; así no tenim pas preyódicos d'eixos—me contestó el hombre entre asustado y receloso.

¡Qué cosa tan rara!—pensé yo.—¿Qué habrá creído este hombre que le pido?

Entré en el café á tomar un bocadillo, y al poco rato se me acercó el vendedor y me dijo:

—¿Usted sigue en el tren?

—Sí, señor.

—Entonces tome el MADRID CÓMICO.

Y me dió el periódico muy doblado, sacándole de un bolsillo interior y tan sigilosamente como si se tratara de los ejemplares de una biblioteca titulada *Conocimientos para la vida privada*, que se vendían públicamente en todos los kioscos de la Rambla de Barcelona.

—Pero ¿por qué tanta reserva?—pregunté.

—No nos dejan vender periódicos con dibujos.

—¿Por qué razón?

—No sé; pero si nos los ven, nos los quitan los guardias y nos echan multa.

¡Santo Dios! ¡Tratado el MADRID CÓMICO como publicación clandestina!

Luego me explicó el misterio mi compañero Daniel Ortiz. Eran los efectos de la liga contra la inmoralidad. Se perseguían los periódicos que publicaban dibujos representando figuras desnudas aunque fueran copias de cuadros ó de estatuas, y algunas autoridades, no sabiendo dónde comenzaba el pudor, prohibían toda clase de periódicos con *monos*, como ellos decían.

* *

Por lo demás, hay que reconocer que esa *Asociación de padres de familia*, etc., etc., nos puede prestar grandes servicios.

Es de suponer que recogerá todos los ejemplares de *Historia Sagrada* que hay por esas escuelas, en los cuales se representa á Adán y Eva antes de que la serpiente (que fué el primer presidente de sociedad moralista) les obligara á taparse algo.

O pedirán por lo menos que pinten á Eva con camisa y enaguas, y á Adán con calzoncillos y enaguas.

Y si consiguen que el coro de Eslava no enseñe aquellas piernas torcidas y descarnadas, tanto mejor.

Y si, de moralidad en moralidad, hacen que se averigüe quién se ha guardado los cuartos que figuran de más en las cuentas municipales, ¡qué demonio! se lo agradeceremos.

Pero vamos á ver, que dé la cara esa junta, sepamos quiénes la componen, y qué reglamento tienen, y con qué moralidad cuentan ellos, es decir, con qué capital cuentan.

No sea cosa que nos resulte otro Panamá, porque hay quien no se reparte dinero y se reparte las buenas mozas del barrio.

MANUEL MATOSÉS.

MINIATURA

¿Quién habla de morir? ¡Qué tontería!
Considero el error de los errores
buscar como remedio á los dolores
el último estertor de la agonía.

Verdad que no es completa la alegría
y abundan las espinas en las flores
y no hay cariño, ni amistad, ni amores
sin traición, ni perjurio, ni falsía.

Pero eso ¿qué más da? Cuando se sabe
que el mundo peca de malvado ó necio
se compadece la maldad ajena.

Sobre la herida que os parezca grave
poned la cataplasma del desprecio.
Sabido despreciar, la vida es buena.

SINESIO DELGADO.



FERNANDO MANZANO

murió el día 5 del corriente, en la plenitud de la vida, minado por antigua y cruel dolencia. Más que nuestro amigo era nuestro hermano del alma. Durante algunos años fueron para nosotros las primicias de su clarísimo ingenio, y aquí, junto á la mesa de redacción donde escribimos estas líneas, se leyeron sus obras *Las doce y media y sereno*, *El mismo demonio*, dos actos de una zarzuela en tres y algunas escenas de un sainete en uno que ha dejado sin concluir.

La muerte le ha sorprendido cuando por sus excelentes condiciones de carácter, su profundo conocimiento de los resortes teatrales y su poderoso y admirable instinto de la escena se le preparaba un puesto distinguido en la literatura dramática contemporánea.

En el MADRID CÓMICO se publicaron sus últimos versos bajo el epígrafe de *Sistemas de hacer comedias*.

¡Descanse en paz nuestro desgraciado amigo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. Q. N.—Las coplas en cuestión tienen un defecto. Están trastrochadas completamente.

Sr. D. M. P. P.—Un poco vulgar y pedestre, tanto en la forma como en el fondo.

Sr. D. L. S.—¡Ay, ay, ay! ¡qué mediano es todo eso!

Sr. D. B. D. A.—«Dicha y ventura completas
en este país gozamos
con las bolsas bien repletas
hartos de dinero estamos.
(No tenemos dos pesetas.)»

Lo cual es una verdad como un templo, pero más vale decirla en prosa que en versos de esa clase.

Mendo Méndez.—No es publicable por la índole del asunto, que más parece de álbum que de otra cosa; pero está bien versificada, ¡eso sí!

Sr. D. M. P.—Madrid.—Los romances chulescos han de tener novedad y gracia. De no hacerlos como López Silva, más vale no hacerlos.

¡No los tengo!—Pero ¡caramba! ¡si por diez pesetas puede usted comprar la colección completa! Y es mejor, como usted comprende.

Quisquillas.—Hace usted los sonetos como quien hace adobes. Y va diferencia, compadre.

Gonzalvillo.—Tampoco puedo aprovechar ninguna. Y en cambio voy á darle un consejo. No escriba usted nnca edición así, con dos ces.

Ruibarbo.—Dios no le llama á usted por ese camino. Otra vez firma usted *barbo* á secas. Porque á pez no le gana á usted el más pintado.

Tengade.—Efectivamente no se paga á los colaboradores *sponte sua*, porque ¡ay! no se puede.

Sr. D. J. D. R.—Tampoco puedo aprovechar los entremeses. Y crea usted que lo siento en el alma.

Nota.—Esta semana puede decirse que han llovido las composiciones. Hasta el punto de que quedan más de cien cartas sin contestación. ¿Qué le vamos á hacer? ¡Otro día quedarán menos!

Madrid, 1893.—Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS

Biblioteca del MADRID CÓMICO



FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS
por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA
por SINESIO DELGADO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA
Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

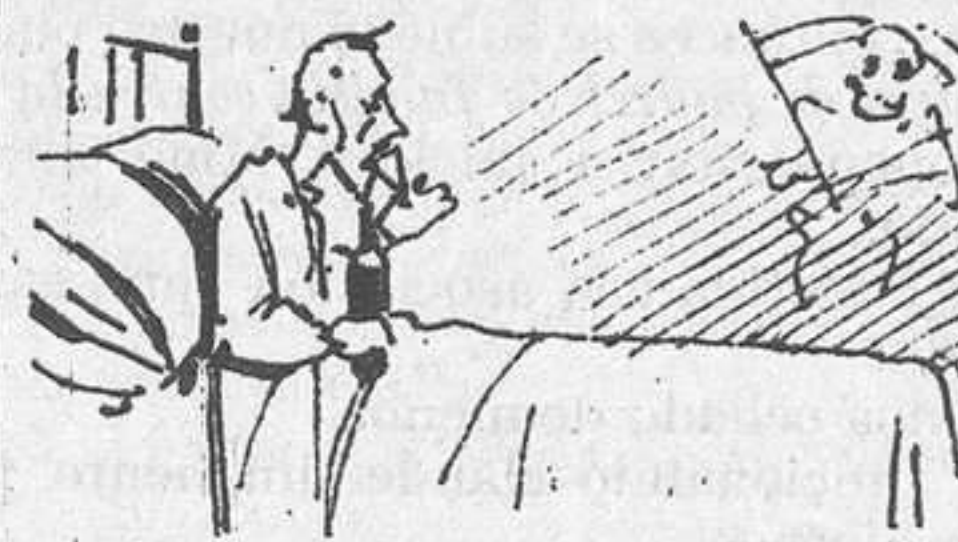
TITIRIMUNDI
por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA
por J. PÉREZ ZÚÑIGA, dibujos de CILLA,
MECACHIS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.

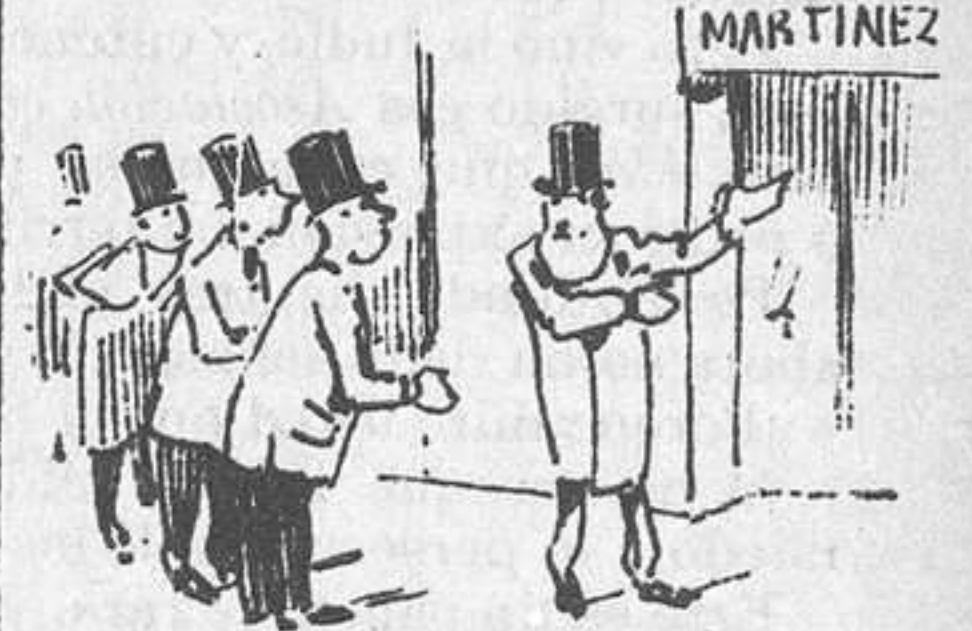
GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES



Enfermo que esté al caer
en las redes de la Parca,
tome Jerez de la marca
de la Viuda Ruiz de Mier!
Ruiz del Río.
Jerez de la Frontera.



—Jóvenes, creedme á mí.
Si vais al baile de frac,
llevad, además del clac,
una camisa de aquí.
Martínez.—San Sebastián, 2.



Todos los calvos que quieran
larga melena peinar,
que usen el Agua de Quina
de casa de Palomar.
Perfumería y Droguería.
Fuencarral, 24.



Si te aburres de veras,
compra cuanto antes
unas fotografías
interesantes.
Catálogo 50 céntimos en sellos, dirígote á
The Publishing Office.—Amsterdam.

LA TENTACIÓN



—Vente conmigo; yo te daré
riquezas y honores.
—No quiero.
—Yo te pondré en el infierno,
en lugar de caldera, una cama
del Bazar de la Plaza de la Ce-
bada, número 1.
—¡Vamos, vamos á escape!



Si queréis instalaciones
eléctricas, vais á ver
que nadie os las puede hacer
en mejores condiciones.
Manuel Florentín.—Ballesta, 20.



Yo era un pilluelo de playa,
pero me he comprado un traje
ayer de Pesquera, y... ¡vaya!
que parezca un personaje.
Magdalena, 20.



—Por este infame flemón
no me divierto, querida.
—Pues vete á Tirso enseguida
y que te saque el raigón.
Mayor, 73.



—Debéis, después de comer,
dar las gracias al Señor,
y probar el superior
Cognac fino de Moguer.
Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



—Cuando me pica me rasco,
y cuando cubrirme quiero,
voy y me compro un sombrero
de M. García Carrasco.
Carretas, 26.



Los elegantes bebían
para embriagarse champán,
y ahora se embriagan oliendo
la Colonia Palomar.
Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID